

# Chile, el fin de la razón neoliberal

Luis Hernández Navarro

La Jornada

29 de octubre de 2019

*El baile de los que sobran* es el himno de la generación de los 80 en Chile. Fue compuesta en 1986 por Los Prisioneros, uno de los mejores grupos de rock de ese país, en un ambiente lleno de fogatas, balazos y militares escondidos en todos lados.

Hoy, 33 años después, miles de jóvenes que aún no habían nacido en aquel año, la entonan en las multitudinarias protestas que sacuden a esa nación desde el pasado 14 de octubre. Algo les dice. A todo pulmón, acompañados por guitarra, desafiando a la fuerza pública, cantan: Nos dijeron cuando chicos / jueguen a estudiar / y no fue tan verdad, porque esos juegos al final / terminaron para otros con laureles y futuro / y dejaron a mis amigos pateando piedras.

*El baile de los que sobran* da cuenta de la gran promesa incumplida del mito liberal en Chile y de la pesadilla que, día a día, viven los que no caben en el modelo. Resume el hastío, la rabia, el agobio, el malestar acumulado de una generación que, en medio de una represión atroz, combinando fiesta y protesta, ha hecho saltar por los aires el falso oasis dentro de una América Latina convulsionada, del que se jactaba el presidente Sebastián Piñera.

Nada raro hay de que una canción emblemática de hace tres décadas suene con fuerza ahora. Después de todo, el Chile del general Augusto Pinochet no es cosa del pasado. Más allá del despliegue mercadotécnico para embellecer sus horrores, sobrevive en sus fuerzas armadas, en su marco legal, en sus instituciones de gobierno, en su clase política, en su cultura. La doctrina neoliberal que guía el funcionamiento de su economía como si fuera un oráculo, maquillada con la fantasía de su inevitabilidad, es su herencia directa.

En su momento, las fuerzas políticas tradicionales se negaron a ajustar cuentas con el pasado dictatorial. Pragmáticamente, se desentendieron y, en los hechos, exoneraron a los responsables de crímenes de lesa humanidad. Decididos a mirar sólo hacia adelante, el centro-izquierda agrupado en la Concertación y la derecha de la Nueva mayoría, arroparon y profundizaron el modelo económico del pinochetismo, con el beneplácito de una clase media embriagada por el consumo suntuario y las posibilidades de endeudamiento.

Pero, más allá de sus quimeras, el capitalismo salvaje en versión chilena generó enormes desigualdades. Chile es, después de México, el país más desigual de la OCDE. Una desigualdad alimentada por la cruenta superexplotación de la fuerza de trabajo, el despojo indiscriminado de tierras, territorios y recursos naturales, la mercantilización de la vida pública, la injusticia para los de abajo, la guerra racista contra el pueblo mapuche y un modelo de representación política oprobioso y elitista.

De la mano de la precarización laboral, la inseguridad en el empleo y la abolición de numerosas conquistas gremiales caminó la privatización de las pensiones, la seguridad social, la sanidad, la educación pública y el agua. Negocio redondo. El Estado no garantiza proveer derechos sociales universales garantizados como salud, educación, pensiones, vivienda, pero financia a compañías privadas para que los proporcionen.

El temor a enfermarse sin poder pagar el tratamiento médico, o llegar a la vejez sin los recursos suficientes para vivir con dignidad es el pan nuestro de cada día. La media de las pensiones es de, apenas, 290 dólares, menos de la mitad del promedio salarial.

En Chile, una parte muy importante de la población vive agobiada por los préstamos, muchos de los cuales deben pagar a tasas usurarias. Setenta por ciento está endeudada. Para estudiar, quienes asisten a las universidades, empeñan su futuro. Y ni así tienen garantizada la subsistencia.

No puede extrañar entonces que, ante tantos y tan variados agravios, lo que arrancó como una simple protesta estudiantil contra el aumento al boleto del Metro sea hoy la movilización popular más importante en la historia reciente de Chile. La ciudadanía se convocó y organizó. Los inconformes prendieron fuego al Metro y a edificios emblemáticos, asaltaron supermercados y farmacias, ocuparon plazas públicas y realizaron gigantescas manifestaciones y cacerolazos locales. Su ira parece no haber tocado fondo.

Estamos en guerra contra un enemigo poderoso e implacable, declaró el presidente Piñera, en la mejor tradición pinochetista. Y lanzó al Ejército a las calles a hacer lo que aprendieron con el genocida: asesinar, torturar, ejercer violencia sexual. Pero, a pesar de esa brutalidad, como si el miedo les fuera ajeno, los jóvenes desafiaron el estado de emergencia y los toques de queda.

En unos cuantos días, la imagen de Chile como país ordenado y estable, con una economía boyante y un modelo deseado por sus ciudadanos, naufragó. Para desgracia de los delincuentes de cuello blanco que ofician como sus profetas, la supuesta infalibilidad de la fe neoliberal reprobó el examen de la realidad. Con su rebeldía, esos que expresan los ultrajes padecidos cantando en las calles *El baile de los que sobran* parecen haberla hundido. Somos los de abajo y

venimos por los de arriba, advierten en sus manifestaciones. En el horizonte se vislumbra una Asamblea Constituyente que refunde al país.

Twitter: [@lhan55](#)

Fuente: <https://www.jornada.com.mx/2019/10/29/opinion/015a1pol>